

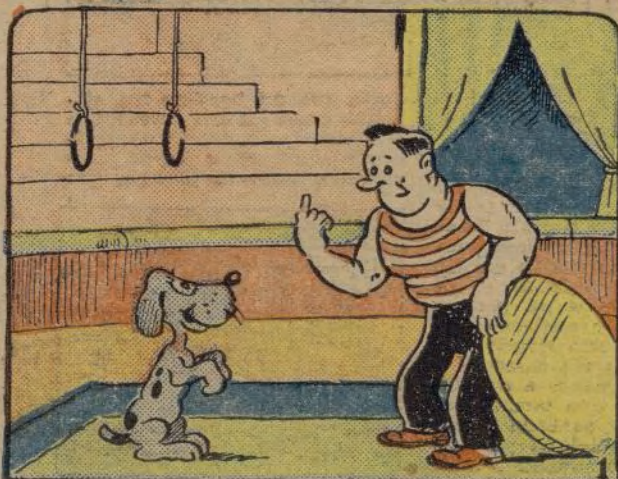


AÑO VI.—NUM. 292

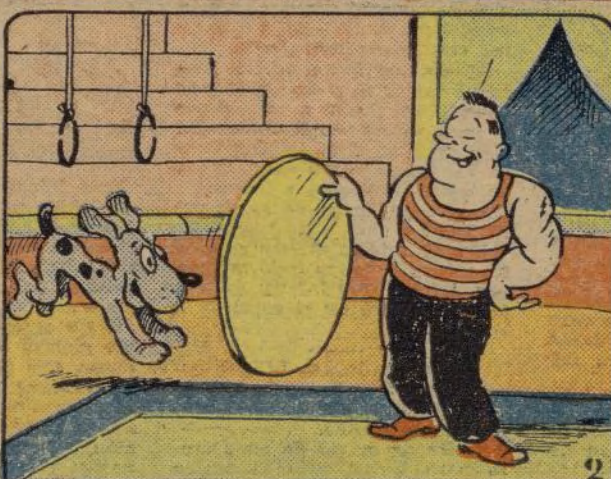
REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

13 de diciembre de 1934

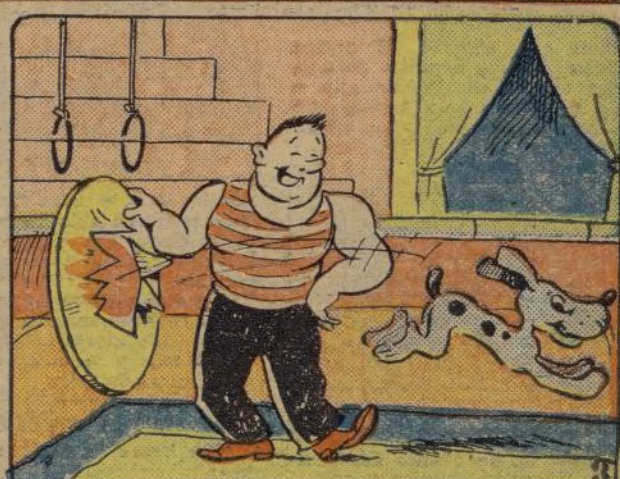
EL PERRITO DEL CIRCO Y EL BOTONES DEL MODISTO



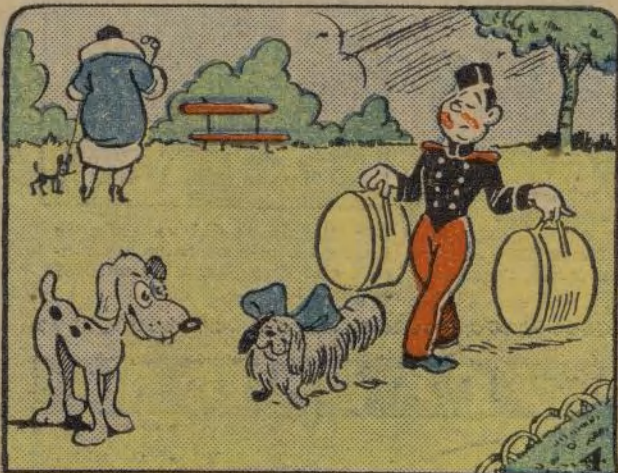
El domador del circo "Plancha" aleccionaba a su perrito "Kolín" en el precioso ejercicio de saltar por el aro.



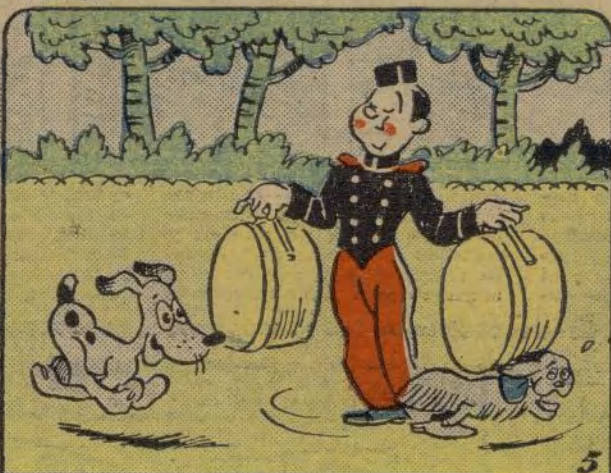
Animado por el hábil domador, "Kolín" dió repetidos saltos, mientras el maestro se relamía y masticaba el éxito.



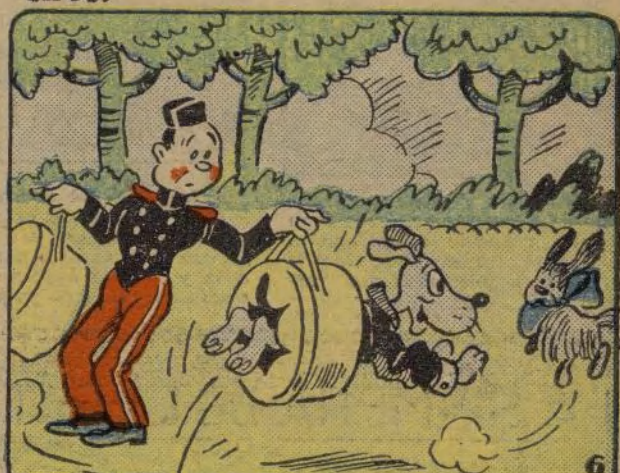
Terminado el ensayo, el domador concedió al perrito permiso para darse un paseito por los alrededores del circo.



Ya en la calle, vió venir al botones del modisto Pomponio Paquín, acompañado de una perrita con un lazo que abultaba más que ella.



El perrito "Kolín", que, además de ser un artista, era un guasón, la tomó con la perrita, que trataba de refugiarse debajo del botones.



"Kolín", acostumbrado a saltar por aro, al ver las cajas que llevaba el botones, dió un salto, atravesó una de ellas y salió vestido.



Atolondrado el botones, levantó la caja, pero "Kolín", loco en su carrera, ¡zas!, repitió la faena en la sombrerera que llevaba en la otra mano.



El pobre botones se quedó atónito al ver al perro vestido de etiqueta. ¿Qué iba a decir ahora a su amo Pomponio Paquín?



Y "Kolín" corrió a presentarse a su maestro el domador, mientras el botones trataba de "premiar" a la perrita, culpable de su tragedia.

UN CLIENTE DE ALTURA



El amigo Barbas había puesto una peluquería que más que peluquería parecía una sucursal del desierto del Sahara, pues no entraba bicho viviente a pelarse en el establecimiento. Por fin entró un cliente.



¡Pero qué cliente! El amigo Barbas estuvo a punto de desmayarse al comprobar que a aquel parroquiano había que pelarlo desde la torre Eiffel. Mas como no había que desperdiciar la ocasión y más tra-



lándose de un cliente de "altura", el amigo Barbas encontró un medio ingenioso para resolver el conflicto.

Y fué tal la fama que adquirió el bueno e ingenioso del



Barbas, que desde aquel día florecieron los parroquianos a su tienda, pidiendo todos que el peluquero les cortase el pelo por aquel procedimiento "aéreo".



El dueño de la granja ordenó a Pírolo que sembrase un saco de patatas tempranas en el huerto, y Pírolo se dispuso a cumplir el encargo, aterrizando violentamente contra unas



membradora del último modelo. Pensad siempre, queridos niños, que todo puede arreglarse en esta vida, y cuando emprendáis un trabajo no os desaniméis al tropezar con algún obs-

VERDADES Y MENTIRAS

¡ACUERDATE...

Los máximos honores que Roma concedía a sus guerreros más esclarecidos cuando regresaban a la ciudad después de haber conquistado nuevos territorios o derrotado a los bárbaros, eran los honores llamados del "triunfo". El caudillo victorioso, montado en carroza de oro, hacía su entrada en la capital del mundo entre las aclamaciones del pueblo, atravesaba el Foro y subía al Capitolio. Pero en medio de esta embriaguez de gloria, el buen sentido romano había sabido poner un freno a la vanidad humana. En el mismo carro en que avanzaba erguido el triunfador entre la plebe, un esclavo, tendido a sus pies, le iba diciendo incesantemente: "Acuérdete de que junto al Ca-



pitolio está la roca Tarpeya". Esta roca era altísima y abrupta, y desde ella despeñaban a los condenados a muerte por traición.

Con este recurso se pretendía significar al triunfador que muy cerca de la gloria le esperaban la infamia y la muerte si faltaba a sus deberes.

LA LIEBRE Y EL CATALEJO

Una liebre le decía a su hijo:

—Has de estar siempre aler-

ta, porque si el cazador te ve, te matará.

—Pero mamá — respondió el pequeño —; yo sé correr tan velozmente que el cazador no podrá alcanzarme.

—El cazador, hijo mío, tiene un instrumento que se llama escopeta, y de ella salen balas que corren más que tú...

Madre e hijo regresaban a su guarida. En el camino, el pequeño, que seguía a su madre a alguna distancia, encontró un objeto largo de forma extraña. Era un catalejo. Acuciado por la curiosidad, se puso a examinarlo; casualmente acercó un ojo a una de las extremidades y, con gran estupor, vió a través del aparato a su madre que parecía estar a dos pasos de distancia. Levantó luego los ojos y comprobó que estaba a una distancia de más de cien pasos.

—¡Qué chisme tan extraño! — pensó el animalito —. Me servirá para ver al cazador cuando venga, y así no tendré que estar continuamente alerta.

Al día siguiente volvió junto al catalejo, y de cuando en cuando se ponía a mirar por él para ver si venía el cazador. Y el cazador vino, efectivamente. La liebre lo vió que llegaba de lejos, muy lejos, y pensó:

—¡Tengo tiempo de sobra para huir!

En el mismo instante sonó un tiro, y la liebre rodó muerta por tierra. ¡El infeliz animal había mirado por el catalejo al revés!

UN VIAJERO LISTO

En una fría tarde de invierno llegó un viajero a la hostería de un pueblo.

Nadie se movió de su asiento para hacer sitio al recién venido. Este dijo al dueño:

EL SALUDO AL CAPITAN DEL BARCO



Al capitán del barco le molestaba mucho que en su navío no se guardasen las debidas formas y el respeto a su jerarquía y regañó asperamente al marinero: "Cuando yo pase—ex-

clamó muy enfadado—suelta usted todo lo que tenga en la mano y me saluda, sin replicar y como es su obligación." Aquella reprimenda la aprovechó el marinero para jurar cumplir la

orden, y en la primera ocasión demostró al capitán que estaba dispuesto a cumplir cuanto le ordenase, soltando todo cuanto tuviese en la mano, fuese lo que fuese.

BANO DE ASIENTO



A don Rótulo le molestaba muchísimo que cuando él pasaba, la portera no dejase de fregar y siguiese limpiando como era su obligación; pues él



decía que un hombre tan elegante como él era acreedor a que cuando él pasase se parasen a admirar su cuerpo jactándose. Pero la portera, que



no entendía de aquellas cosas, y a quien don Rótulo molestaba más que una hernia, le puso a su paso la pastilla de jabón, y



don Rótulo se dió un baño de impresión que no convenía mucho, que digamos, a su natural elegancia.

LA SIEMBRA DE LA PATATA



El dueño de la granja ordenó a Pírolo que sembrase un saco de patatas tempranas en el huerto, y Pírolo se dispuso a cumplir el encargo, aterrizando violentamente contra unas



membradora del último modelo. Pensad siempre, queridos niños, que todo puede arreglarse en esta vida, y cuando emprendáis un trabajo no os desaniméis al tropezar con algún obs-

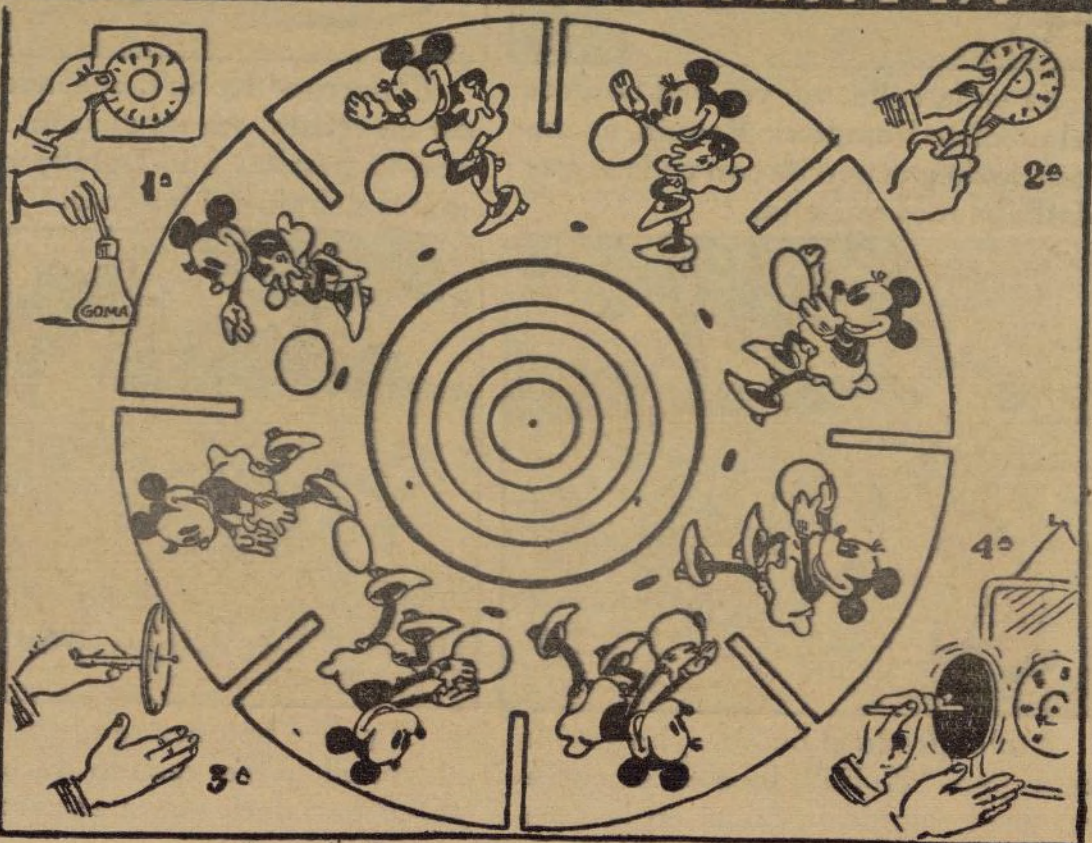


pedras que se cruzaron en el camino. Las piedras destrozaaron la rueda; mas Pírolo aprovechó aquello, que parecía una desgracia, para hacer de la carretilla, con la rueda rota, una



táculo. Seguid adelante; que aquellos que no se dejan amilanar ni vencer por las dificultades, obtienen siempre, al fin, la merecida recompensa a sus esfuerzos.

CINEMA "JEROMIN"



CUENTO PALABRAS FALSAS

En tiempos remotos y en un lejano país reinaba un rey sabio en una inmensa región. Su voluntad dominaba sin contradicción alguna, y nadie hubiera



osado competir con el soberano en idear una ley o en formular un simple axioma. Por otra parte, sus riquezas eran incalculables: poseía infinitas arcas llenas de tesoros, innumerables ejércitos de soldados y una muchedumbre de súbditos tan incontable como las estrellas del cielo.

Pues bien; a pesar de su grandeza y poderío, el monarca oriental no era feliz. Tantas cinturadas dobladas siempre en su presencia, tantas alabanzas que, como incienso, subían a sus oídos, tantas adulaciones capaces de nublar su inteligencia, le tenían postrado en un estado de tristeza y displicencia. Entre toda la multitud de cortesanos que bullía por sus palacios se sentía solo y abandonado como en un desierto. Entre tantos aduladores que se arrastraban a sus plantas, no encontraba un amigo, un carácter íntegro en quien pudiera confiarse y buscar consejo sincero.

He aquí por qué el sabio monarca iba



apurando una existencia llena de amarguras. Pero como era sabio, llegó a comprender, al fin, que era inútil seguir lamentándose estérilmente sin intentar algún remedio. Y para hallarlo decidió hacer una prueba.

Mandó llamar a sus ministros, mayordomos y generales, y les ordenó que se dispersasen por todo el reino, y después de recorrerlo de punta a punta le trajesen a su presencia a los cinco hombres que, según voz común, gozasen de mayor reputación por su ciencia, o por su talento, o por cualquier otro título honroso. Ministros, mayordomos y generales se pusieron en movimiento, recorrieron todo el imperio, investigaron en las ciudades y en los campos, y, por fin, tras incesantes pesquisas, hallaron cinco personas a las que nadie en aquel país hubiera podido aventajar en la estima pública.

Era el primero un sabio, que se pasa-

ba las noches estudiando el curso de los astros y había ya llenado de signos misteriosos no sé cuántos cartapacios. El segundo era un santón, que vivía vida contemplativa en la soledad y predecía a los fieles, de cuyas limosnas vivía, cuanto deseaban conocer. El tercero era un poeta que recorría las comarcas arrancando de su lira tan conmovedores acantos para acompañar sus versos sonoros y suavisimos, que las gentes salían de sus casas cuando tenían noticia de su llegada y le seguían encandiladas, y hasta los animales se amansaban al oírle. El cuarto era un intérprete de las antiguas tradiciones en antiquísimos y borrados pergaminos o en mármoles corroidos por el tiempo; decíase que sólo él, con sus tenaces investigaciones, había llegado a ser el depositario de la historia nacional. El quinto, en fin, era un simple padre de familia que había tenido veinticuatro hijos y a todos ellos los había criado y educado en las santas doctrinas del honor, de la caridad y del



trabajo, y que con esta corona de hijos, duplicada con la corona de nietos, había formado una pequeña tribu, respetada y amada por todos en los contornos por sus virtudes cívicas y familiares.

Sacando, pues, al uno de su observatorio, al otro de su soledad, al tercero de sus correrías, al cuarto de sus investigaciones y al último de su familia, los presentaron ante su soberano. El rey estaba sentado en un trono de oro macizo constelado de perlas; calzaba ricas babuchas de terciopelo cuajadas de piedras preciosas, y en su mano diestra centelleaban, uno en cada dedo, cinco enormes brillantes. El rey tenía posada esta mano derecha sobre uno de los brazos del trono, como al descuido, para que todos los presentes, grandes de su reino, ministros, cortesanos, guardias armados, que llenaban el inmenso salón



del trono, quedasen deslumbrados con el fulgor de aquellas joyas nunca vistas.

(Continuará.)

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



Los tres aventureros y Blake se hicieron fuertes en el altozano, y, formando un cuadro, disparaban por los cuatro costados, oponiéndose al avance de los malhechores, que intentaban asaltar por varios frentes la colina.

Desde aquella especie de plataforma vislumbraban abajo el campamento de los bandidos, y veían al desgraciado padre de su compañero Rafa, que,



sinistros propósitos, cayeron bajo el fuego de la carabina de Blake, que ojo avizor vigilaba el campamento, impidiendo que los bandidos llegasen hasta el padre de Rafa.

En aquel instante apareció la faz repulsiva del repugnante Wu-Chum, que animaba a sus hombres en el asalto a la colina.



rabia infernal, y en tromba asaltaron el montecillo, dejando el campo cubierto de cadáveres.

Hubo un momento en que nuestros amigos se vieron perdidos. A través del humo de la pólvora, contemplaron las caras de los facinerosos animadas de un odio infernal. "Leal" había saltado al cuello de un bandido, y se revolcaba con él por el suelo, sin soltar



amarrado al poste de tortura, hacía esfuerzos inauditos por desasirse de las amarras que le aprisionaban. Algunos miserables, ebrios de furor al ver la resistencia invencible que desde la colina hacían nuestros amigos, intentaron en su locura llegar hasta el poste donde estaba el prisionero y rematarle a machetazos; pero los que intentaron acercarse al desgraciado con tan



"¡Perro!—musitó el detective al contemplar al criminal—. Al fin te decides a salir de tu madriguera, lobo carnívoro." Y apuntando cuidadosamente, disparó su rifle, haciendo caer al chino, que rodó colina abajo, dando trágicas piruetas con los brazos abiertos y las facciones contraídas. Los bandidos, al ver caer a su jefe, lanzaron un grito de



su presa. Boston, empuñando su carabina como una maza, la hizo voltear, describiendo a su alrededor un círculo de sangre, y los tres aventureros y el detective desenfundaron las pistolas, disparando a bocajarro, heroicamente, sobre los incontables enemigos, mientras Boston y Rafa caían al suelo mortalmente heridos, cubiertos de sangre y de heridas.

(Continuará.)



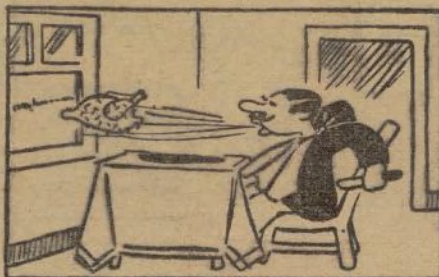
Os voy a contar el cuento de un estornudo cruento,



La pimienta hace su efecto, y molesta al interfecto,



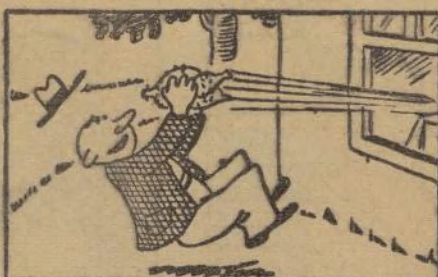
A la fonda va Pascual, que a comer no tiene igual.



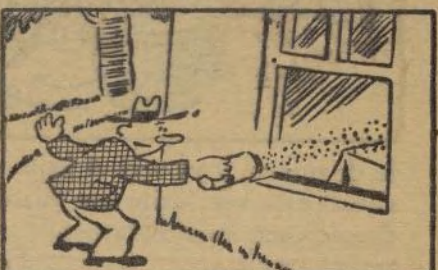
Que al instante, ¡voto a tal!, da un estornudo fatal,



Felipe, que lo ha observado, buena pimienta ha comprado.



Y sale por la ventana el pollo de buena gana,



Y le arroja la pimienta sin que Pascual se dé cuenta.



Que lo traga el buen Felipe, sin tener miedo a la "gripe",

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Cascarilla volvió a ser admitido como cocinero, y se dispuso a cumplir fielmente con su obligación para que



no tuviesen que echarle nada en cara. La señora de la casa le ordenó que batiese a conciencia la masa de una



tarta monumental, y Cascarilla, recordando el éxito que tuvo cuando empleó el ventilador, decidió utilizar-



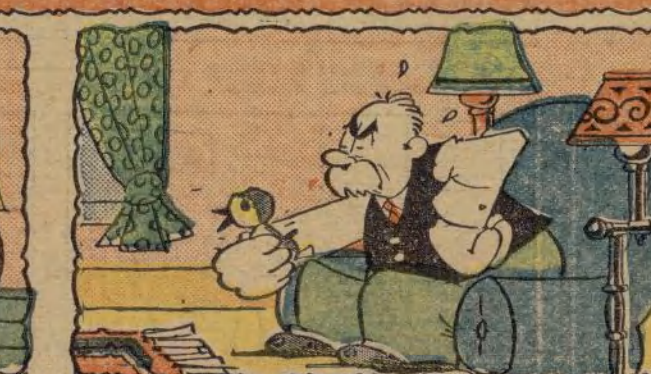
le de nuevo, y ya veis el éxito que alcanzó esta vez, éxito que hizo que le despidiesen inmediatamente.



Don Robusto quiso obsequiar a su distinguida consorte el día de su cumpleaños, y la compró un precioso pajarito.



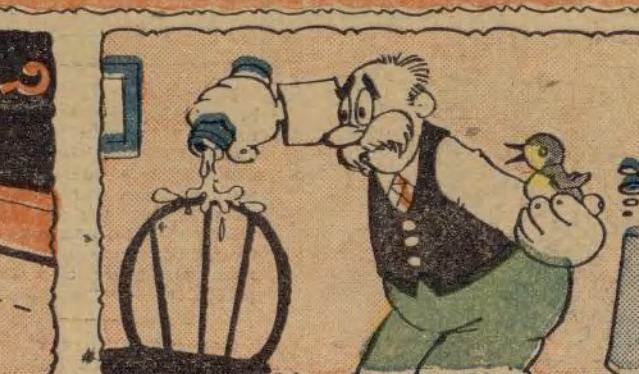
La distinguida consorte se enfadó mucho con su esposo, porque éste le había traído el pajarito, pero sin jaula.



Don Robusto se quedó muy triste, porque, realmente, su distinguida consorte tenía razón. ¿Dónde iba a meter al pajarito?



Y ya al borde de la desesperación el fiel esposo, oyó a Laura, que pasaba voceando su eterna cantinela.



Y don Robusto comprendió que, efectivamente, la cola marca "Cemento" le haría obtener un resultado magnífico.



Y allá quedó el pajarito en su jaula improvisada, con gran alegría de la distinguida consorte de don Robusto.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Mamá Tecla acostó a sus hijitos, satisfecha de lo buenos que habían sido los pilluelos y renegando de Terre-Moto, que tardaba tanto en venir a acostarse, sin duda por setar jugando al tute con el tumbón de Pérez Oso.



Los malditos Tarugo y Perdígón dijeron a mamá Tecla que no tenían sueño y que se saliese con ellos a pelar patatas a la puerta, y, para colmo de picardías, insinuaron que así vería desde allí más pronto cuándo regresaba Terre-Moto.



Tarugo, mientras tanto, convenció a mamá Tecla que, sin duda, habría sido un simple ratoncillo lo que había en el barril, y mamá Tecla se quedó convencida y muy orgullosa de lo valientes que eran aquellos hijitos suyos.



Pero Perdígón, mientras su hermano seguía dando coba a la mamá, había ido adentro a buscar un petardo capaz de volar la Telefónica, y, encendiéndole prestamente, lo echó dentro del barril, donde temblaba Terre-Moto.



Los pilluelos, en cuanto les dejó su mamá, se asomaron a la ventana, dispuestos a escaparse y emprender cualquier fechoría, y no tardaron en ver aparecer a Terre-Moto, que regresaba a su casa silbando alegremente.



Mamá Tecla accedió, muy conmovida, al ruego de sus hijitos, ¡tan trabajadores!, ¡tan formalitos...! No se parecían a aquel jugador de Terre-Moto. Y mientras así monologaba la señora, Perdígón aprovechaba para echar un gato al barril.



El gato era nada menos que el inocente Bragas, y, así que se vió en el barril con un bulto que resoplaba, la emprendió a arañazos y mordiscos, con el consiguiente susto de mamá Tecla, que creía que había duendes en la barrica.



El pobre capitán, de resultas de la explosión, quedó más quemado que el turrón quemado, tanto, que hubo necesidad de refrigerarlo con unos cuantos cubos de agua fría, que le vertió encima Perdígón.



El capitán estaba muy escamado de los pilluelos, pero como, por otra parte, le tenía un miedo espantoso a mamá Tecla, y los hermanitos parecían decir verdad, se escondió en la barrica y no tardó en ver a mamá Tecla salir a la puerta.



El inocente Bragas no tardó en salir, despedido violentamente por el capitán, que debía de tener el físico igual que un "mapamundi", de arañazos y demás regalitos que le había hecho el gato.



Aquello acabó con la paciencia de mamá Tecla, y, lanzándose sobre el barril, acertó a vislumbrar a Terre-Moto, el cual, minutos después, quedaba el pobre en la situación que veis, y jurando por lo bajo patear a los pilluelos.



Repollo recibió, además, la gratificación estipulada por su captura, siendo nombrado detective de honor.



Repollo marchaba a su casa muy contento porque le había tocado un aro en una rifa. De pronto se quedó



sorprendido al descubrir al bandido Tragalimas, que se disponía a robar el domicilio de Repollo; nuestro hé-



roe, que era muy listo, utilizó el lazo para fabricar un ingenioso cepo, y allá quedó prisionero Tragalimas, y



TEODORO DEL CAGO

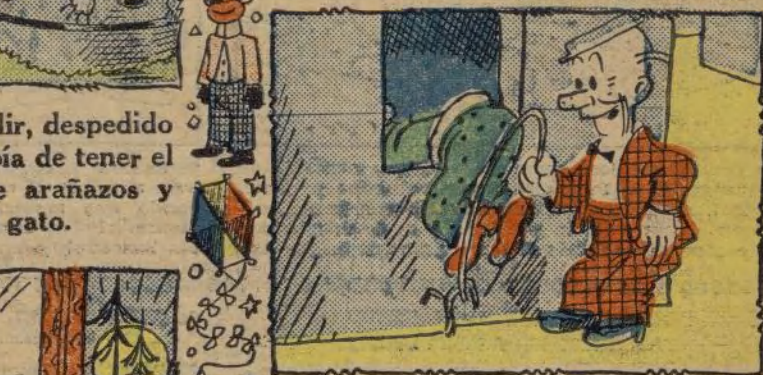
REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo recibió, además, la gratificación estipulada por su captura, siendo nombrado detective de honor.



TEODORO DEL CAGO



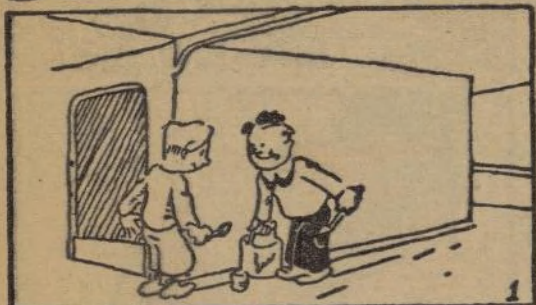
TEODORO DEL CAGO



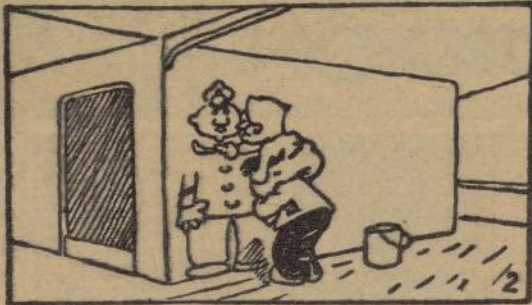
TEODORO DEL CAGO

Risa para la semana con "Laura" la charlatana

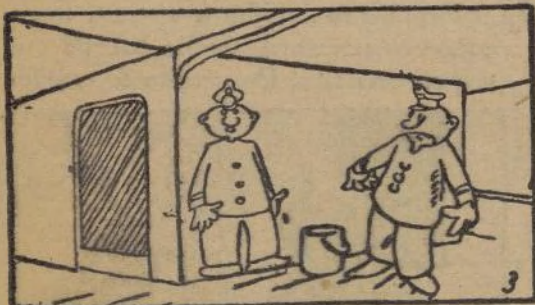
DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS



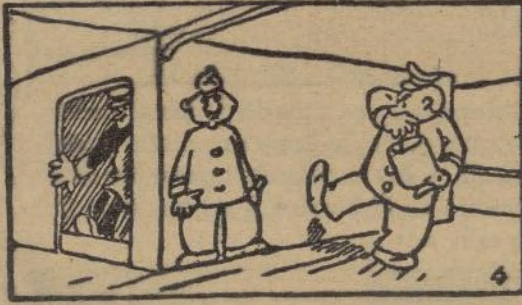
El capitán del barco invitó a don Ponciano a realizar una excursión en su barco, y el buen señor aceptó, acompañado de sus sobrinos. Pero éstos, que no perdonaban al capitán, pintaron en la pared de un camarote una grotesca caricatura del marino. Aquello molestó mucho a don Ponciano,



no, pues suponía que el capitán se iba a enfadar. Quiriendo enmendar la falta de los hermanitos, el bueno de don Ponciano decidió borrar aquella muestra despectiva del ingenio de sus sobrinos, que llevaban camino de matar a disgustos al pobre señor, que tanto tenía que sufrir a causa de



ellos y yéndose a cubierta llenó un cubo de agua bien salada, añadiéndole unos polvos picantes, que un marinero le dijo que eran eficacísimos para borrar la pintura de las paredes, siempre que el agua se arrojase sobre la pared con una violencia



cia de cañonazo. Don Ponciano hizo un poco de gimnasia para tomar fuerzas, y llegando hasta el camarote se dispuso a arrojar violentamente el contenido de aquella mezcla. En aquel instante, el capitán subía de su cuarto para pavonear-



se con su precioso terno marino, que acababa de estrenar. Don Ponciano agarró el cubo y ¡zas!, ¡pum!, ¡cataplum!, quiso lanzarlo con tanta violencia, que perdió la puntería y se lo encasquetó al capitán, poniéndole el terno flamante hecho una



verdadera porquería. Y mientras don Ponciano huía aterrado el capitán quedaba jurando y reneando que mataría al causante de aquella vil ofensa. ¡Pobre don Ponciano! ¡Menudo lío se había buscado!

CON TERESA Y DON SEVERO TARRETE ES AVENTURERO

La deliciosa comedia infantil, hecha para diversión de los niños y deleite de los mayores, continúa representándose con éxito creciente en el teatro Benavente.

CON TERESA Y DON SEVERO

Es un delicioso cuento infantil escrito para los chicos y para los grandes. Es las cien mil carcajadas. Constituye un espectáculo ideal para las familias. Agradable, divertido, moral.

Vean en el teatro Benavente las maravillosas aventuras de los populares personajes de JEROMIN, TERESA, TARRETE y DON SEVERO

En Alfonso XI, 4, Redacción de JEROMIN, podéis pedir el precioso cuento lujosamente ilustrado

do JEROMIN EL PRINCIPE AZUL, al precio de 30 céntimos. Se remite a provincias

JEROMIN, siempre atento a conseguir para sus miles de lectores la máxima amenidad y el mayor interés en sus páginas, comenzará a publicar desde primero de año unas páginas de emocionantes y entretenidísimas aventuras dibujadas por los mejores escritores infantiles.

JEROMIN ha hecho un esfuerzo considerable en beneficio de sus lectores, y por el mismo precio, 10 céntimos, introducirá, a partir de primero de año costosísimas mejoras, que ha hecho gustoso con tal de dar satisfacción a sus infinitos favorecedores

¡NIÑOS JEROMINISTAS! Propagad JEROMIN entre vuestros amiguitos

AMENIDADES



El potro tasca el freno en espera de que cabalgue sobre él su dueño. El pobrecito debe de estar hecho polvo, tan espantado; pero así tendrá que estar sin remisión, pues a ello le ha condenado Pepito Aguilera, de Guadix, que es quien nos remite esta preciosidad de dibujo.

Cruzan el Océano Atlántico quince líneas telegráficas submarinas, cuyos cables miden más de 74.000 kilómetros. Por término medio, pasan por ellos 36.000 despachos telegráficos diariamente.



—A ver. Tú, que eres el primero de la clase, dime cuántas son diez y diez.
—¿Es que no lo sabe usted?
—¡Hombre! Claro que lo sé.
—Entonces, ¿por qué me lo pregunta?



"Paseando a mi perrito"; así titula su obra de arte el pequeño jerominista Felipe Pérez Lozano, que desde Navalmoral nos remite el retrato de su perrito, que el pobrecito está negro de ir tanto tiempo en la carretilla.

Las fábricas de algodón del Lancashire producen cada seis segundos una hebra suficiente para rodear al mundo.



Félix ha decidido lanzarse a la aventura de ser cazador, sin miedo a la veda y a los guardas jurados. Vedle armado de una escopeta que, como se dispare, le va a dar un susto tremendo. Así nos lo comunica nuestro gran amigo Juanito Obols, de once años, y de Lórida, autor de esta maravilla pictórica.

Las golondrinas vuelan bajo cuando amenaza lluvia, porque los insectos de que se alimentan se acercan a tierra huyendo de la humedad de las altas capas atmosféricas.

La isla habitada más pequeña del mundo es la que sirve de base al faro de Eddystone. En marea baja no mide más que nueve metros de diámetro.



José Luis Comellas tiene seis añitos y vive en Santiago de Compostela, para lo que gustéis mandar. A Pepe Luis le han regalado un soberbio ocho cilindros, tan estupendo, que no ha podido por menos de enviarnos una copia e invitarnos a dar en él un paseito. Gracias, precioso.



—Hace ocho días le compré a usted un par de guantes, y usted me garantizó que me durarían un año.
—Sí, señor. Y ¿qué pasa?
—Pues que los he perdido ya.



—¿Querría usted cortarme una muestra de cada una de estas piezas?
—Sí, pequeño. ¿Son para un traje o para un gabán?
—No, señor. Para un limpia-plumas...



—¿Está en casa el señor? Vengo por una cuentecilla que...
—El señor ha salido de mañana...
—...que quería pagarla.
—...pero ha vuelto a los pocos minutos y podrá recibirla a usted.



Nuestro entusiasta jerominista Felipe Pérez Lozano nos envía este dibujo de un tío suyo jugando al polo. El tío de Felipe debe de estar cansadísimo de llevar ese mazo tan grande, y seguro es que en cuanto vea a Felipe le va a dar un recordito.

ALMANAQUE "Jeromin" PARA 1935

Ningún lector de JEROMIN puede dejar de comprar este magnífico Almanaque. Cuentos, aventuras, historietas, chistes, pasatiempos. Soberbias ilustraciones. ¡¡52 páginas!! ¡¡Dos colores!! ¡¡75 céntimos!!!

CON SIMPLÓN Y DINAMITA



"Dinamita", ante el asombro de los ocupantes del coche de turismo, dió un salto terrible y corrió hacia el encuentro de los guardias del inmediato puesto de policía.



Los guardias, al ver llegar a "Dinamita", se quedaron como el que ve visiones; pero el inteligente animal comenzó a realizar demostraciones para que leyera su mensaje.



Los guardias se dieron cuenta de que aquel papel que portaba el perrito debía de encerrar la clave de algún enigma pavoroso, como así vieron que era cuando se enteraron de ello.



Al instante los guardias se percataron de que algo terrible y pavoroso debía de ocurrir en la cueva que indicaba el mensaje, y rápidamente movilizaron sus fuerzas.



Veloces como el rayo cuando cae sobre la tierra, los guardias y los ocupantes del automóvil providencial escaparon hacia el sitio indicado, temiendo no llegar a tiempo.



Y mientras tanto, don Simplón y el nene veían consumirse la vela, que significaba el fin de su existencia. ¡Qué minutos más crueles! ¿Llegarían a tiempo de salvarlos?

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO XVIII El vendedor de jaulas

Con el fin de adquirir noticias útiles para su empresa, Víctor comenzó por captarse las simpatías de la hermana del tío Mariano, una vieja chismosa que estaba al corriente de cuanto pasaba en el barrio. Por ella supo que el carcelero de su padre era un revolucionario furioso, astuto como un zorro y reservado como un cartujo, y un hombrón de fuerzas hercúleas; que ni él ni su mujer ni sus hijos salían nunca de casa, como no fuese el hijo mayor, de la misma edad que Víctor y que pertenecía al mismo club que él. Con este cachorro de carcelero intentó Víctor hacerse

camarada íntimo, pero no pudo sacarle una palabra acerca de los presos.

Al mismo club que ambos jóvenes asistía otro llamado Berlier, que bien pronto simpatizó con nuestro Víctor. Este supo que su nuevo amigo tenía un primo que vivía precisamente en los mismos almacenes que hacían de prisión, y por cierto que el tal primo resultaba algo sospechoso, porque no era bullanguero ni le gustaba frecuentar los centros revolucionarios.

El descubrimiento era para Víctor sensacional. Ahí era nada poder trabar amistad con una persona que vivía a pocos pasos de la prisión donde gemía su amado padre, y ¡quién sabe si poder llegar a verle, a hablarle y aun quizás a conser-



tar con él algún plan de evasión! Fascinado con esta idea, cifró todo su empeño en trabar relaciones con el nuevo personaje que se cruzaba en su camino. ¿Cómo lo conseguiría? ¡Aquí de las jaulas y ratoneras!

Una tarde, cargado con una buena provisión de aquellos chismes, se presentó en casa del ciudadano Dumont, que así se llamaba el primo. Lo halló solo y sentado junto a una chimenea.

—Felices, ciudadano. ¿Hace falta alguna ratonera?

—Ninguna; gracias.

—Entonces me han informado mal. ¿No eres tú el ciudadano Dumont?

—El mismo. ¿Y qué?

—Pues que tu primo, el ciudadano Berlier, me había dicho que no te dejaban vivir los ratones.

—Tan buena pieza serás tú como mi primo. ¡Largo de aquí!

—No te incomodes, ciudadano—dijo Víctor, soltando su mercancía y sentándose junto a la chimenea—. El ver nada cuesta; y en cuanto a tu primo, es un mozo de valer.

—Oye, tú. ¿En qué taberna hemos bebido juntos? ¡Si no te marchas ahora mismo te echaré por las malas! ¡Maldito sea mi primo y tú y todos los de vuestra calaña...

—¡Amén!—respondió Víctor, tirando su gorro al



suelo. ¡Ya ves que no somos de distintas ideas! —¡Oye, tunante! ¿A qué has venido aquí? ¿A espiarme quizás? ¿O quizás a robarme?

Asustado Dumont con esta idea, iba a lanzarse contra su visitante, cuando vio que éste levantaba hacia él sus ojos llenos de lágrimas, murmurando a media voz:

—¡Es él!

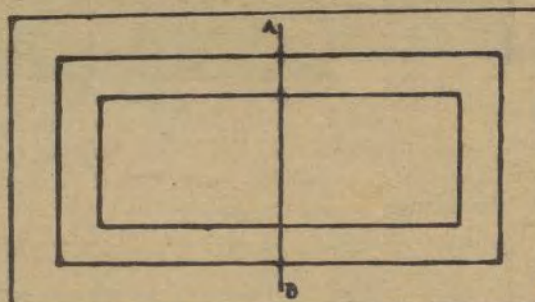
Esta actitud detuvo a Dumont y le hizo fijarse en el aire de noble distinción del desconocido, e inmediatamente comprendió que aquel joven no podía ser un revolucionario. Por eso, amablemente le preguntó:

—¿Y quién es él?

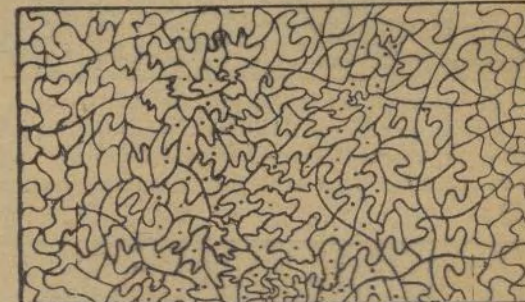
—Mi padre, es mi padre del alma ese que estáis oyendo cantar por las ventanas de ese patio. Gracias, caballero; gracias por el favor que me hacéis. ¿Me ayudaréis a verle, a hablarle, a libertarlo?

Más detenidamente, Víctor Bessières contó a Dumont su historia, situación y propósitos, y le pidió su auxilio para llevarlos a cabo. Dumont, que resultó ser una buenísima persona, facilitó a su nuevo amigo cuantos datos pudieron serle útiles, y entre ambos fraguaron un plan para intentar penetrar en la mansión del carcelero y en el interior de la prisión. Víctor había dado un paso gigantesco en la realización de sus planes

PASATIEMPOS



Se trata de dibujar esta figura sin levantar el lápiz del papel y sin pasar dos veces por el mismo sitio.



Llenad con lápiz o tinta los espacios marcados con un punto y veréis surgir un gracioso dibujo.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



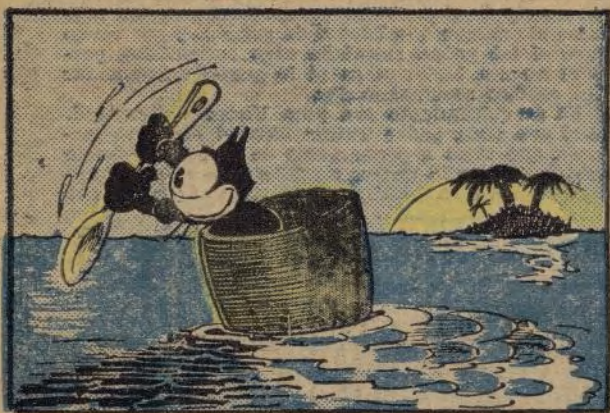
Ved el dibujo completo que aparece al unir los puntos del 1 al 34.



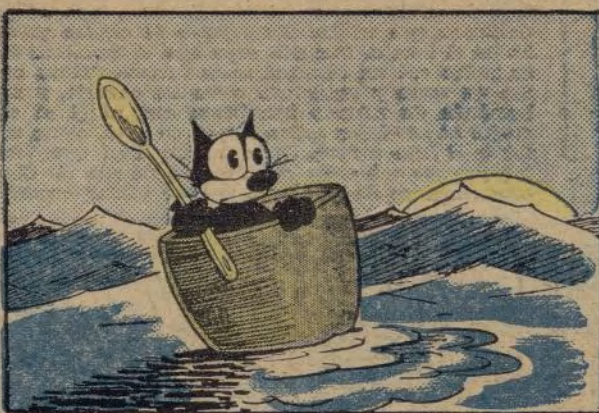
Ved el resultado de rellenar los espacios marcados con un punto en el pasatiempo del número anterior.



ANDANZAS DE GATO FELIX



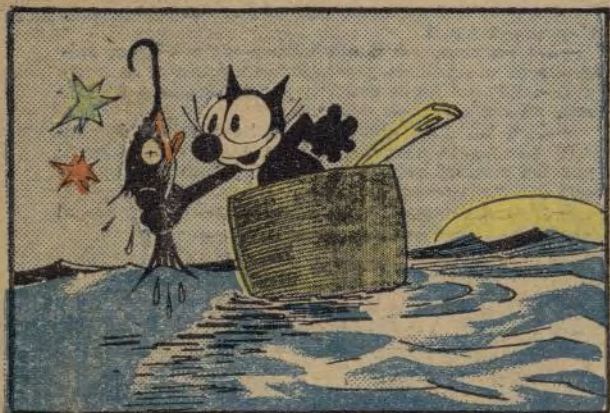
Los salvajes, luego de haber condimentado en el casquillo de la bala de cañón su cocido, se durmieron para hacer la digestión, y Félix aprovechó aquellos instantes para embarcarse en el casquillo y huir de la isla de los salvajes.



Con el cucharón que empleaban los antropófagos para servir la comida los días que repicaban "gordo", Félix habilitó un remo y navegó todo aquel día metido en el casquillo de la bala de cañón y con un hambre como para él solo.



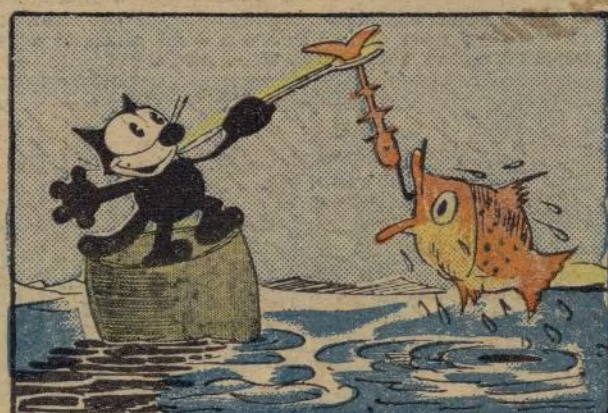
Estaba pensando cómo la iba a "diñar" en aquellas aguas, pues el hambre apretaba de minuto en minuto, cuando un terrible encontronazo hizo tambalearse a su barco improvisado, que estuvo a punto de naufragar sin remedio.



Félix creyó al pronto que había chocado contra un escollo, pero, aguzando la vista, pudo ver a un pez espada que se había pegado un morrón contra el casco de acero y flotaba, atontado, a causa del porrazo, con la espada torcida.



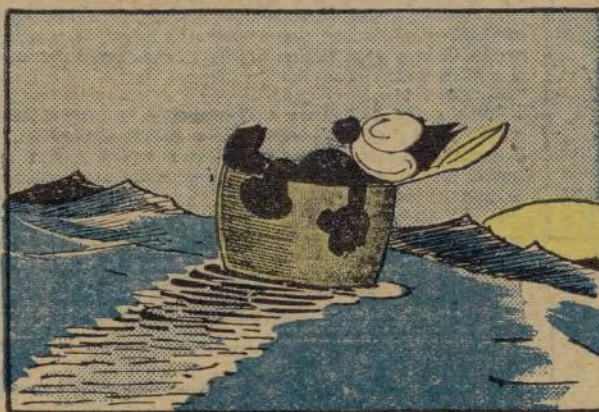
En menos que canta un gallo, nuestro gato pasó a portar al pez espada, que tenía una carne que parecían filetes de ternera; así se mantuvo por espacio de dos días, pero al tercero volvió a sentir aquella "gazuza" que le atormentaba.



Mas el pez espada, que ya le había salvado una vez, le iba a librar de nuevo, pues Félix, fecundo siempre de ingenio, se fabricó con la espada del pez un magnífico anzuelo, con el cual no tardó en atrapar un barbo con toda la barba.



El barbo aquel era mejor que un cocido con principio, y Félix se relamió de gusto con sus filetes, y engordó tanto, que la barquita de acero comenzó a resultar estrecha para albergar su cuerpo bien alimentado.



Al instante pensó que era una majadería gastar fuerzas remando, dándole coba al cucharón; así es que pensó que lo mejor era abandonarse a donde lo impulsara la corriente y aprovechar el tiempo para descabezar un sueñecito.



Ni corto ni perezoso, se durmió tan tranquilamente, y habría continuado durmiendo mucho tiempo más, pues era un tumbón de tomo y lomo, si un terrible vaivén no le hubiera anunciado que acababa de arribar a otra isla desierta.



La mala estrella de Félix le había hecho desembarcar en la isla, donde reinaba un fiero gorila que tumbaba los árboles a puñetazos y se desayunaba todos los días tragándose las piedras más gordas de la playa.



El fiero gorila, que no tenía otra ocupación que merodear por la isla, atisbó bien pronto a Félix, y, decidiendo apoderarse de él, comenzó por enviarle unos confites que, si le agarran, le machacan la cabeza al gatito.



Félix comprendió que allí tiraban a dar y se parapetó en el casquillo de la bala de cañón, fabricándose con él un tanque blindado. Pero, ¿podría escapar a la furia del fiero gorila? Ya lo veréis en el próximo número.